

1er Premio. (Juvenil)

**“SOÑANDO SER LIBRE AL
AMANECER”**



**SEUDÓNIMO: “LUNALUZ”
SECCIÓN: JUVENIL
MODALIDAD: PROSA**

“SOÑANDO SER LIBRE AL AMANECER”

La vida de Sella es muy diferente a la de otras muchas chicas de su misma edad, incluso podríamos decir que se han adueñado de su identidad, o más bien, de su propia vida.

Con su cabello cortado como un niño, pantalón vaquero, camisa y corbata, Sella sólo puede ser libre durante breves instantes, a solas, frente a un trozo de espejo roto.

Cada noche, en su casa, mientras todos duermen, ella sale de su habitación sin hacer ruido, para no despertar a sus cuatro hermanas ni a sus padres. Lleva algo escondido entre sus ropas, algo que nadie sabe que tiene. Sigilosa, como si guardara el equilibrio sobre un mar de silencio, se dirige hasta la cocina y a la tenue luz de una lamparita que su madre suele dejar encendida, saca de entre sus ropas todo lo que lleva escondido. Un velo de seda, algunas horquillas y pendientes de aros son sólo algunos objetos que esconde como si de un tesoro se tratara. Con la misma cautela, saca un fragmento de un espejo roto que encontró una vez por casa y se pinta los labios con una mezcla que ella misma prepara a base de clara de huevo, ceras, tintes... Luego, decora su cabello corto con las horquillas, se coloca los pendientes, aunque no tenga agujeros para sujetarlos y se pone el velo en la cabeza. Con un pedazo de carbón humedecido se pinta una línea en los ojos y listo. Así, se queda un buen rato embobada, contemplando fijamente el reflejo que le devuelve el trozo de aquel espejo roto que también guarda como si fuera su más preciado tesoro.

A Sella le gusta el reflejo de su mirada y, aunque siente miedo, mucho miedo, ella es feliz con lo que ve y siente, en aquellos momentos de intimidad, a solas consigo misma.

Nadie conoce su ritual, de hecho muy pocos saben que se llama Sella, y que su verdadero nombre significa “*ella es libre*”.

Con apenas doce años recién cumplidos, Sella es la cuarta hija de las cinco que había tenido su madre, para disgusto de un padre que nunca entendió qué delito había cometido para que su Dios lo castigara de esa forma y no le diera hijos varones.

Pues sí, aunque cueste creerlo, para una familia afgana no tener ningún hijo varón se considera una verdadera desgracia. Sella es una “*bacha posh*”, cuyo significado es “*vestida como un niño*”, una niña a la que, a falta de varones, le tocará vivir una vida que en realidad nunca será la suya. Ser niña en su país, significa vivir encerrada en casa, prepararse para ver el mundo a través de la rendija de un burka y no tener derecho a recibir una educación, ni mucho menos trabajar, ni hacer deporte. Por eso, la práctica de las “*bacha posh*”, niñas vestidas como niños, es cada vez más común en países como Afganistán o Kabul. Ante la falta de un hijo, los padres deciden inventarlo y convierten a la hija más pequeña de la familia en un niño, por eso le cortan el cabello y la visten con ropas masculinas.

“*Hija, tú serás un niño*”, le dijo una vez su padre y desde entonces, todos la llaman Farid, un nombre que a ella le parece una condena y que significa “*único e incomparable*”.

Así, al vestir como un muchacho no necesita cocinar, ni limpiar, ni hacer otras muchas cosas en casa, como hacen sus hermanas mayores. Pero tampoco puede jugar en público con la muñeca de trapo que encontró hace tiempo en un contenedor, ni vestir las sedas que tanto le gustan, ni recogerse el pelo en una trenza, como sus hermanas... No, Farid no puede hacer nada de eso. En la actualidad, la violencia contra mujeres y niñas sigue siendo una realidad, en Afganistán y en todos los países prácticamente.



Pero Farid tiene otros privilegios de los que no pueden gozar las mujeres; le está permitido asistir a la escuela, pasear libremente en público, jugar en la calle, montar en bicicleta, asomarse a las ventanas de sus hogares, acudir solas a un hospital, trabajar e incluso hacer algunos deportes prohibidos para las mujeres.



Sus hermanas mayores la utilizan en numerosas ocasiones para poder ir a lugares donde, según las normas, no estaría bien visto estar sin compañía de un varón. Y Sella no puede decir que no, porque sus hermanas conocen algunos de sus secretos, saben que esconde algunas cosas de ellas y que se levanta por las madrugadas, por lo que la amenazan con decírselo a su padre, si no las acompaña al sitio que quieren. Irremediablemente, Sella tiene que acceder ante sus amenazas.

El padre de Sella es demasiado estricto, por eso, ella teme mucho a su padre, más que a nada en el mundo. Hace mucho tiempo que, resignada, aceptó ser el niño que tanto él quería y que nunca tuvo. Derramó muchísimas lágrimas y recibió muchas palizas cuando trató de ser quien su padre no quería que fuese, una mujer.



Por lo que, no tuvo opción, tuvo que resignarse a la decisión que había tomado su padre. Sin embargo, Sella, no sabe que le espera aún lo peor. Cuando se convierta en adulta, será ofrecida en matrimonio y al no haberse criado como una mujer, no estará acostumbrada a someterse a la sociedad y mucho menos sabrá convivir con un hombre, ya que no ha aprendido nada de lo que se supone que debe saber una mujer en Afganistán: cocinar, limpiar o atender a su marido, en definitiva, lo que hacían sus hermanas que ella no hacía. Esa es otra realidad que le tocará vivir en el futuro.

Pero Sella aprendió; aprendió a esconderse de los ojos de su padre y de sus hermanas; aprendió a ser invisible para que nadie la viera; aprendió a llorar en la intimidad sin hacer ruido y aprendió a ser una mujer en el cuerpo de un hombre.

Por lo tanto, durante el día, en la calle y en su casa, Sella no existe, ni su mirada, tan solo existe Farid y lo que otros quieren ver. Aún así, es más libre de lo que cualquier niña de su edad y cualquier mujer del país pueden soñar. Pero ella, en esa libertad que todas ansían, se siente más prisionera que nadie, y sus ojos se muestran tristes y vacíos, como dos abismos oscuros e infinitos.

Son tantas las lágrimas que ha derramado a escondidas, que ya su corazón herido ha formado una especie de coraza que hace que crezca aún más su debilitada fortaleza.

Sella también conoce a otras “*bachas*” que son felices siendo quienes son. Dicen que ser un niño es lo mejor que le puede pasar a una niña allí, que aquello es bueno, que les da más oportunidades y libertad. Algunas disfrutan haciendo cosas de niños e incluso ayudan a su padre en el trabajo. Una amiga en particular de Sella, que es compañera de la escuela, siempre intenta animarla contándole la suerte que tienen de poder hacer las cosas prohibidas para las chicas, aunque para Sella eso no le reconforta en absoluto, y su tristeza cada día sigue igual.



En realidad, esas chicas hoy felices, no piensan que pasarán muchos años de su vida viviendo como si fueran chicos y que en algún momento de sus vidas, se marcará el punto de inflexión en que tendrán que retomar su verdadero género. El choque emocional vendrá después de haber pasado muchos años siendo libres a quitar de golpe toda la libertad y los privilegios.

Pero ella, no comparte el mismo punto de vista que su amiga ni las demás “bachas”. Ella no puede ser feliz así. Porque, para Farid, aquellas cinco letras que conforman su nombre ficticio, se convierten en los cinco barrotes de la cárcel en la que le ha tocado vivir. Porque ella no es Farid, por más que sus padres lo amen a él más que a ella misma y, por supuesto, más que a cualquiera de sus hermanas. Aquel no es su cuerpo, ni su ropa, ni su vida y en realidad, tampoco aquella libertad de la que goza es la suya. Sella solamente es libre cada día unos instantes, en las madrugadas, en la cocina, a la luz de una frágil lamparita, en el reflejo que le devuelve aquel trozo de espejo roto.

Sella, “*ella es libre*”, siente miedo porque sabe que esa íntima y secreta libertad de la que disfruta tan sólo unos breves instantes, cada noche, es quebradiza y fugaz. Siente que en algún momento todo acabará.

Y tiene razón, aquella libertad, de la que hace honor a su nombre, que quería salir de sus ojos a la luz de una lamparita, en la cocina, se le escurrió entre los dedos, como si fuera de arena, la misma noche en la que se encontró los ojos de su padre reflejados con los de ella, en aquel fragmento de espejo.

LUNALUZ

